

La Oveja Negra

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II.

Madrid, 25 de Noviembre de 1894.

Núm. 74.

EN EL RÍO



LO MISMO EN INVIERNO QUE EN VERANO

DIBUJO DE GUILLERMO DE FEDERICO

ACTUALIDADES



sí da gusto ser español.

Habíamos olvidado, al parecer, nuestro carácter, ó mejor dicho, nuestros gobernantes habían mudado de carácter, ó, tal vez, no se les presentaba ocasión propicia para mostrarse

«...los tenorios
de cuyo valor dudaría alguno....», etc.

Y en cuanto se presentó alguna coyuntura, la aprovechamos.

Eso sí, nos tenía un tanto intranquilos la tardanza del *Detroit*, barco de guerra norteamericano, encargado de conducir á España los restos y documentos de Colón y del descubrimiento de América, que envíamos y figuraron en la Exposición Universal de Chicago.

Ya preguntaba algún español neto:

—¿Nos lo habrán robado?

Porque esto es lo primero que se nos ocurre: pensar mal.

—¿Habrá naufragado el *Detroit*?

Pudo haber ocurrido.

Pero, afortunadamente, no fué así.

Pasquín había escrito ya á varios amigos residentes en alta mar, según me aseguró un diputado de éstos, y nadie respondía.

Cuando ya nadie hacía caso, por lo menos en «las esferas del Gobierno», que escriben los periodistas cursiles de su propio natural estilo, aparece el *Detroit* en aguas de Cádiz.

Ni el mismo Duque de Veragua, «posterior al otro Cristóbal Colón», como dice un compañero de Senado del Duque, esperaba ya noticia de Chicago.

—Ya está ahí el buque norteamericano que trae éso—se divulgó por Cádiz, y después por toda España.

Se pusieron al habla, según costumbre, y....

—¿Qué cargamento?—preguntaron á los del barco.

—Despojos y papeles y objetos de escritorio y de historia referentes á Colón y á la conquista de Isabel, y muerte de ambos sexos—debió contestar el Comandante del barco del Norte de América.

Conque, á poco estalló el entusiasmo en Cádiz y.... reclamaron el valor de los portes ó de los transportes, no de alegría, sino de cargamento, al Comandante del *Detroit*.

Esto parecerá inverosímil en el extranjero para quien no conozca nuestra manera.... de gobernar.

Para quien la conozca, todo es creíble.

La comitiva que, para escoltar y honrar el envío, ha llegado á Madrid, andaba por ahí preguntando por el

Gobierno, después de entregar las cajas que tantas riquezas históricas contienen, y de cumplir fielmente su honrosa misión

Y el Gobierno, reconocido como el país, no se ha dado por aludido.

—¿Quién ser marino ministro?—preguntaba en la calle de Alcalá, uno de dos marineros del *Detroit*, á un transeunte de la clase de indígenas.

—Un tal.... Pasquín—respondió el caballero interrogado, después de pensarlo durante algunos segundos.

—¿Pasquín?—preguntó para ratificarse ó rectificar el marinero.—¿Estar chino?

—No, no, no—respondió el transeunte.

—Pasquín.... Pas.... quín.

—No recuerdo el nombre; creo que es Frasquito.

—¿Fresquito? ¡Oh! Fresquito.—Pas-King. ¿E por dónde se va á.... Fresquito?

El caballero indicó á los marineros la dirección que habían de seguir para llegar al Ministro.

Es decir, el rumbo para el Ministerio de Marina.

Una voce poco fa.

Que se lo cuenten á Masini.

¡Y con qué ensañamiento le trata la prensa.... local!

Oyéndole cantar la ópera del maestro Rossini, decía un señor, indignado:

—Ese no es *El Barbero*, es *El Peluquero*, y tampoco es de Sevilla: de Buitrago.

Algún individuo, buen aficionado, según él, que ha oído óperas, y sabe dónde, en San Petersburgo, en Viena, Berlín, Londres, San Carlos Borromero, de Nápoli, y las Escalerillas de Milano y Cádiz, echaba de menos la voz de Julio Ruiz.

—E un venticello questa voce—repetía.

Y al mismo tiempo que el público del Real protestaba, venerable *Almaviva*, el Gobernador de Málaga detenía á un orador socialista, llamémosle así, también por cuestión de voz.

Por levantar la voz contra la burguesía.

Malos vientos corren para la ópera.



Mi querido amigo y director Abati se marcha, por requerirlo, según él mismo me dice, sus muchísimas ocupaciones y variados negocios, que no le dejan libre el tiempo necesario para ocuparse como es debido en la dirección de esta Revista.

Siento su determinación, porque le quiero mucho, pues deja á la nueva Empresa un papel que renta mucho más que el del Estado.

EDUARDO DE PALACIO.



LOS DOS AMIGOS

En amplio sillón de cuero, con antiguos clavos de cabeza dorada, está sentado un anciano.

Delante del viejo hay una mesa, y en ella, una botella y una copa.

Cada vez que levanta ésta, llena del dorado licor, una sonrisa se pierde entre las mil arrugas que surcan su rostro.

¡Demasiado le conocía quien tal regalo le hizo!

El viejo odia los libros, porque en ellos ya no aprende nada, después de haber estudiado el gran libro de la experiencia.

El tabaco le estraga.

Los manjares no le sirven más que de estímulo para despertar su sed.

Y las obras de arte las considera como estorbos en la casa.

Sólo es su verdadero amigo la botella de licor, que aviva en su cuerpo el calor que va a extinguirse, que aligera sus miembros ya entumecidos por el peso de los años, y que comunica actividad a su cerebro medio dormido.

Sentado en su gran sillón, y con la copa en la mano, que de cuando en cuando lleva a sus secos labios, pasan por su imaginación, en ordenado desorden, fantasmas que toman cuerpo, seres que se

animan, palabras que forman conversaciones y ecos que se pierden de dichas pasadas y de esperanzas cumplidas.

Repasa su niñez, y ve á su madre adorada que le agasaja y le mima, como juguete que se posee y pasa de mano en mano.

Repasa su juventud, y ve el mundo rodeado de nubes doradas, iluminadas por un sol que quema y abrasa las entrañas, y ve desfilar ante él mujeres hermosas que le brindan placeres, y entre ellas se destaca una, entre todas, que su nombre es más dulce que el de todas las demás, que su rostro es más hermoso que el de ninguna otra, y que su corazón es más tierno para querer y su alma más dulce para sentir.

Y esa es la elegida de su corazón, esa es su esposa, esa es la madre de sus hijos.

De repente la visión desaparece y da paso á la realidad.

Su sillón antiguo se ve amenazado por una invasión de pequeñuelos que entran en la estancia, diciendo:

—¡Abuelo! ¡Abuelito!..... ¿Qué haces?..... Danos de beber de la botella.

Y el abuelo, con sus manos descarnadas, protege de la invasión infantil aquella botella querida, que por un momento ve amenazada, y que es para él la chispa de vida que comunica juvenil ardor á su espíritu ya dormido, porque aquel licor, como nueva savia, despliega sus alas de sutiles vapores y lanza al pobre anciano en una nueva vida..... ¡La vida de los recuerdos!

Los viejos son egoístas. No tienen amigos, no piensan en la familia, sólo piensan en ellos, y su único confidente, su único amigo es la botella de licor, que les devuelve por un momento la pasada energía, hasta que cesa su influencia y les vuelve á la realidad de su decrepitud presente.

¡Pobres viejos!

MIGUEL DE PALACIOS.

EL REMEDIO

(F Á B U L A)

I

Un domador famoso,
entre otros animales, poseía
un perro sumamente habilidoso
y un burro que era torpe en demasía.

Tan pasmoso del perro era el instinto,
que, con sólo ensayar una semana,
aprendió á ejecutar en el requinto
trozos de *La Africana*.

Pero el burro, por *mor* de su torpeza
y de su entendimiento tan escaso,
con alguna simpleza

consiguió rara vez salir del paso;
y al ver que no acertaba
á hacer lo que enseñarle pretendía,

el amo se enfadaba
y le daba unos palos que le hundía.

II.

Comprendiendo la suerte que le espera,
sale el burro una tarde de su encierro,
y encarándose al punto con el perro,
aseguran que habló de esta manera:

—«Di: ¿cómo te compones
para ser por el amo bien tratado?
¿Cómo te has arreglado
para aprender tan pronto sus lecciones?

Yo, por más que discurro,
nada puedo aprender, aunque me fijo.»
Y el perro, entonces, dijo:

—«La cosa es bien sencilla: ¡No ser burro!»

EMILIO CORTIGUERA OLÁRAN.



¡Qué dulce porvenir!

—Acabamos de estar, ¡oh vida mía!,
los dos ante el altar,
y juntos dicho un *sí* que es necesario
en la vida olvidar.

Mas ahora, entre nosotros, te suplico,
en bien de mi querer,
que aquel *sí* dicho á Dios de hinojos puesta,
á mí has de prometer.

—¿Es que dudas, acaso, cuando quieres
que vuelva á repetir
lo que he dicho mil veces? ¡Si así empiezas,
qué dulce porvenir!

GERARDO ATIENZA.

DE JUERGA

—Prepárese usted, don Cosme, que hoy la vamos á correr. Póngase usted un traje corto y un sombrero cordobés, y agarre una buena tranca, y aquí á buscarle vendré con dos amigos barbianes y tres mozas de chipén.

—Pero, ¡hijo mío! ¿A mis años?...

—Nada, nada, venga usted y verá lo que es canela, que aun no lo sabe usted bien.—

Así hablaban en la casa de huéspedes (Perro, seis), un estudiante más malo que el mismísimo Luzbel, y un señor machucho y serio; y éste, como quiera que

con tres chulas, dos amigos y una guitarra también, y entraban en un cuartucho de un colmado que yo sé, donde don Cosme esperaba disfrutar (¡qué candidez!) con los chistes de ellos dos y los mimos de ellas tres.

Sobre una mesa de pino pintada de color de chocolate del barato, vió don Cosme aparecer seis vasos de una sustancia que, aunque no sabía bien, le juraron que era vino superior. Luego, después, sacó un mozo en una fuente seis pescadillas (las seis



¡ Vivan las juergas alegres, en donde se canta bien!

Pero, sí; ¡vaya unas coplas! Sólo hicieron su papel en ellas «las lagrimitas», «la puñalá que te den», «la maresita del arma», «la sepultura», «el ciprés»,



tenía desde muy joven deseos de conocer lo que era una juerga, dijo: —¡Qué diantre! ¡La correré!—

En efecto; aquella noche, cuando sonaban las diez, se apeaba el buen don Cosme de un carruaje de alquiler

pescadas, sin duda alguna, el año cuarenta y tres), y los juerguistas de oficio se pusieron á comer, soltando entre sorbo y trago desvergüenzas á granel.

Uno cogió la guitarra, y dijo don Cosme:—¡Olé!

y «las rejas de la cárcel» y «las penas del querer» y «las espinitas», y otras, cosas del mismo jaez.

Don Cosme, harto de jipíos y sin ganas de comer, por los ¡ayes! que lanzaban los de las coplitas, fué



si voy de juerga otra vez!
¡Qué demonio! ¡En cualquier misa
de *Requiem*, si se va á ver,
se pasa mejor el rato
que en las juergas que corréis!

Lector, ¡cuántos hay que afirman
(y con gran desfachatez)
que gozan con juerguecitas
como ésta que ha visto usted!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

y echó los ojos á una
de las chulapas, á Inés
la *Escachifollá*, querida
de uno de ellos, de José,
quien al verle hecho jalea
por *mor* de aquella mujer,
sin andarse con remilgos,
¡pataplum! le dió en la sien
con el pitorro encorvado
de una botella de Seltz.

Quiso amoscarse don Cosmé;
pero le dijeron que
en las juergas esas cosas
eran corrientes. Después,
con una intención del diablo,
le obligaron á beber,
y en vez de achisparse, al pobre
se le pusieron de pie
las pescadillas, y el vientre
no le cesó de doler.
¡Qué congojas! ¡Qué mareos!
¡Qué ir y venir al *buffet*!

En tanto, los demás, por
cosas que no es menester
contar, armaron tal bronca,
que el viejo de buena fe
creyó morir de *bronquitis*
aguda en un santiamén.

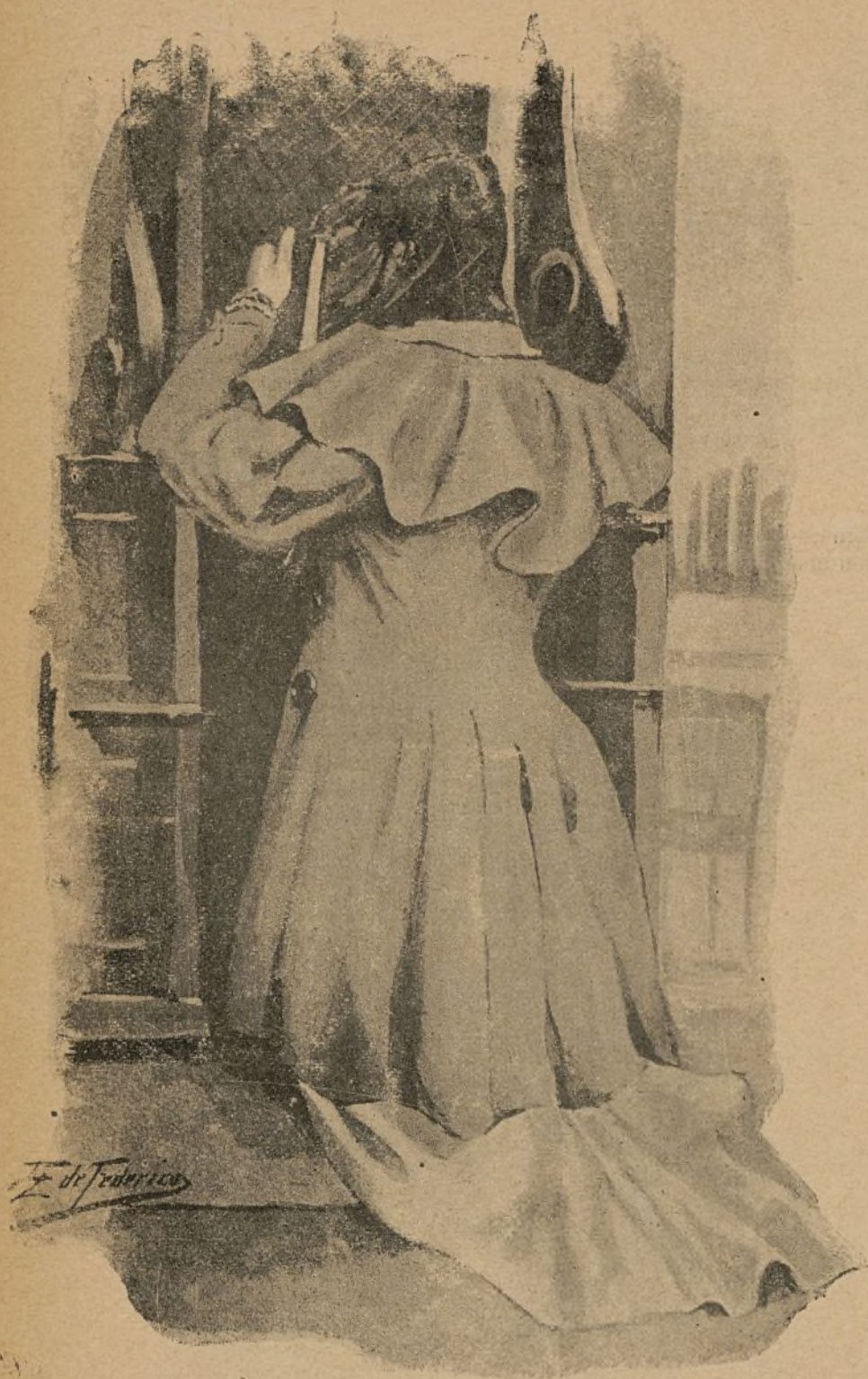
Restablecida la calma,
volvióse á cantar lo de
«las lágrimas de los ojos»,
«la puñalá que te den»,
«la maresita del arma»,
«la sepultura», «el ciprés»,
y «las rejas de la cárcel»,
v «las penas del querer»,
hasta que ya, cuando entraba
el sol en el cuarto aquél,
salió don Cosme llorando
igual que una *Magdalé* (1).

Ya de regreso en su nido,
y á eso del amanecer,
viejo y mozo se acostaban
más borrachos que Noé.
—¿Y á eso llamáis una juerga?

—dijo don Cosme.—Pues bien;
¡que me peguen cuatro tiros



(1) na.



¡VAYA UN TRANCE!

— Señor Cura : devota me arrodillo
ante este tribunal,
para ver si consigo quedar limpia
de un pecado mortal.
— Manifiesta al momento tus pecados
con piedad y fervor,

y confía en la gracia, que es inmensa
la que tiene el Señor.

— La que tiene el Señor podrá salvarme
quizás.....

— ¡Y sin quizás!

— Mas la que tiene Pepe, señor Cura,
temo que pueda más.

— No conozco á ese hombre.

— ¿No?

— Ni quiero.

Mas desde luego sé
que para ti ese Pepe es el demonio.

— ¡Pues lo conoce usted!

Me abrasó con el fuego de sus ojos
cuando le conocí;
desde entonces mi vida es un infierno
y no sé qué es de mí.

Cuando viene, mi pecho apasionado
se abrasa en emoción,
y al marcharse, se lleva con la vista
mi triste corazón.

— Para ti voy temiendo que ese hombre
sea peor que Luzbel.

— ¿Y qué quiere usted, Padre, que yo le haga?

— Que te cases con él.

— Si mi madre no quiere, porque dice
que es un calaverón,
un holgazán, un quidam y un perdido.

— Quizás tenga razón.

— La tendrá, señor Cura, no lo niego;
pero lo que yo sé

es que yo no razono ni discurro

cuando me habla José.

Es para mí su voz, divina nota

de encanto sin igual,

y lo que sin cesar me habla mi madre,

música celestial;

y yo no sé qué hacer.....

—Pues, hija mía,

ten templanza y valor,

y huye como del diablo de ese hombre.

—Si no puedo, señor.

¿No le he dicho á usted ya que le idolatro

una barbaridad,

y que es de él, pero de él completamente,

mi entera voluntad?

—Ya me lo has dicho, sí; pero hace falta

aquí, para *inter nos*,

tener un poquitito de vergüenza

y de respeto á Dios.

—Ya lo tengo; pero es mucho más grande

al amor á José,

y quiero que me diga usted lo que hago.

—Pero, hija..... ¿yo qué sé?

—Porque yo estoy temiendo el mejor día,

mañana si no es hoy,

que me llame al abismo de sus brazos,

y yo demente voy.

—Ten más juicio.

—No puedo, señor Cura.

—Otro medio hay también.

Vete lejos de aquí.

—Me voy..... y vuelvo.

Me conozco yo bien.

.....

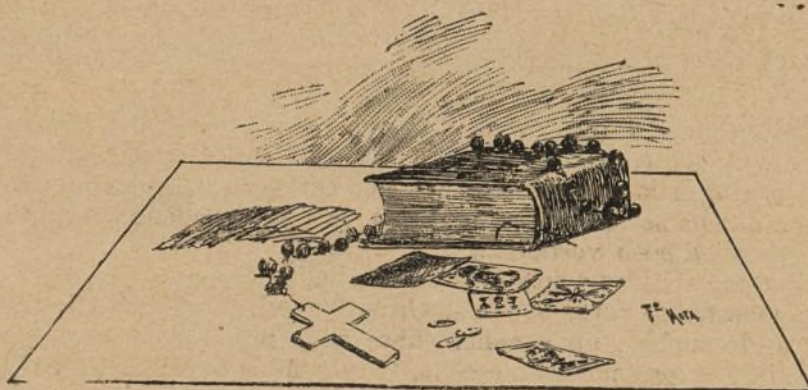
—Pues, hijita, me estás ya fastidiando,

pero que de mistó.

Si al cabo vas á hacer tu santo gusto,

¿qué quieres que haga yo?

RICARDO MONASTERIO.



UNA SEÑORITA DEL CORO



Una señorita es, en efecto, la que nuestro colaborador artístico Estevan ha retratado, y hace tres años no pensaba, seguramente, la pobre que había de llegar á presentarse al público en uno de los teatros de funciones por horas. Hija de un empleado de regular sueldo, educada como si nunca tuviera que

ganarse la vida con su trabajo, frecuentando los paseos y los teatros, y muy perita en cosas de la Moda, la pobre Catalina esperaba al galán bizarro que se prendara de sus encantos y la llevase al altar. No tenía, por cierto, pretensiones de casarse con un ministro, ni siquiera con un director general; pero entre los subordinados de su padre no podría faltar algún muchacho de buen gusto que supiera apreciar sus cualidades....

No eran pocos, ciertamente, los que hacían la rueda á Catalina, que así se llamaba, pero ninguno sentía una pasión tan violenta que le hiciera entrar por el aro del matrimonio..... Todos pensaban, como dice el negro de *Entre mi mujer y el negro*:— «¡Casarse, no! ¡Casarse, no!»

De suerte que soltera estaba Catalina cuando murió su padre repentinamente, y quedó la triste sin orfandad, sin aborros, sin admiradores, y..... hasta sin amigos.

La mujer de su padre era su madrastra, buena persona, pero incapaz de proporcionar á la hija del difunto ningún beneficio. Durante algún tiempo vivieron del producto de la venta de los libros, de las cruces, de las ropas, del reloj y de otros objetos del muerto. Luego admitieron en su compañía á un caballero solterón, que les pagaría la casa;

pero el solterón empezó á manifestar ciertas intenciones nada piadosas ni correctas respecto de Catalina, y las dos mujeres tuvieron que renunciar á tan peligrosa compañía. Después, Catalina quiso ser modista, pero no sabía cortar; pretendió entrar en casa de una rica solterona como señorita de compañía, y entró; pero la señora padecía una *neurosis* horrorosa, y la maltrataba y la insultaba y la hablaba un lenguaje indecente, con lo que la huérfana huyó de aquella casa maldita.

Agotado todo recurso, Catalina se ha refugiado en el teatro, donde la que quiere vivir honradamente lo consigue, y todas las noches puede verla el lector; tiene bonita voz, buena figura, y el maestro de coros dice que Catalina, si quiere, podrá salir del coro, ascendiendo considerablemente en categoría; pero es preciso que modifique su carácter, que sea alegre y desenvuelta, que no sea orgullosa, ni arisca, y que abandone los escrúpulos que ahora manifiesta cuando tiene que aparecer en escena poco vestida.....

Las compañeras, que no son tan tímidas y apocadas como ella, la llaman la *señorita*, y están seguras de que la *señorita* será como quiere el maestro de coros que sea. Otras han visto que ni á levantar la vista se atrevían, y ahora..... doce ó catorce duros de sueldo, un beneficio libre cada temporada, y relacionadas con lo *mejorcito* de Madrid, y cuanto menos vestidas se presentan en escena, tanto más satisfechas se encuentran, viéndose rodeadas de admiradores entusiastas de su gracia y de sus buenas formas.

F.

EN EL CAMPO

TANTO en verano como en invierno,
tanto en invierno como en verano,
hay mucha gente que gusta mucho
ir de meriendas un día al campo.

Primero, todos están muy serios
mientras la mesa van preparando,
mesa sin patas, muy bien provista,
bien colocada en el suelo raso.

Conforme comen, hablan y beben,
y los licores van agotando,
los aires serios se van perdiendo,
y el rostro alegre, propio del campo,
entra de pleno en los circunstantes,
que, si algo miran, lo ven más claro.

¡El fin de fiesta! Yo nada digo;
sobre este punto nadie ha tratado,
porque..... no hay nadie que en este mundo
lo que allí pasa siga ignorando.

GENARO ALMANSA.



